

## NAVIDAD

Vamos a seguir a una pareja de gitanos que se dirigen a un cortijo, donde Maoliyo, que así se llama él, tiene tarea por una temporada esquilando el ganado.

Va tirando del ronzal de su burro, donde está montada Pepa, su mujer, joven, casi una niña.

¡Uf, qué calor! Están sudando. A Pepa le corren los sudores por todo su cuerpo ¡qué calor!. Maoliyo lleva al aire el harapillo de su camisa y ella descubrió su escote hasta el punto de poderse ver por el canal que forman sus pechos un chorro de sudor.

Y no podía ser de otro modo porque era el mes de Julio y aunque pardeaba la tarde, no se atrevía el aire a moverse.

—¡Ay, Maoliyo que no puedo más!... —dijo ella angustiada.

—Aguanta, Pepa, que por la allá de Moriles está el Cortijo y la casera es muy amigable...

—¡Ay, Maoliyo, que no puedo más, que ya estoy mojada...!

—Eso es el sudor, mujer, y el traqueteo del burro...

—¡¡Ay, Maoliyo...!!

La tierra había estado todo el día bebiendo sol y respiraba un vaho ardiente.

Un pequeño repecho y asoma el caserío de Moriles como una paloma echada descansando de su vuelo. A un lado la tierra se engalana con una viña, al otro, se deja cortejar por unos olivos que forman un largo y estrecho olivar junto a las primeras casas y parece que el verde brillante de los pampanos y el verde adusto de los olivos pregonan una esperanza.

Pero Pepa no puedo más, él la bajó del borriquillo y la aposentó bajo el primer olivo, un árbol de tres estacas rebosante de ramón.

Pepa no podía más; era la primera vez que iba a parir y creyó que la guadaña de la muerte rasgaba su vientre, por eso gritó hiriendo el aire del adormecido atardecer, mientras Maoliyo sacaba del serón trapos para aviar un mezquino lecho. La tierra estaba mullida, más maternal que nunca y la luna olisqueaba por el ramaje.

Las casas —modestas casas— de la calle de entrada al pueblo, estaban muy cerca del campo; siguen estando, pero ahora, gracias a Dios y al trabajo del hombre en Alemania y Barcelona, cambiaron la modestia por la dignidad.

Hasta ellas llegaban los gemidos de Pepa.

—¿Qué pasa? —preguntaron las vecinas.

—Una gitana está pariendo en el primer olivo de la “estacá”.

Y un grito de Pepa fue como la llamada de una trompeta celes-

tial, como si los ángeles cantaran el Gloria a Dios en las alturas y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...; se guiñaron las estrellas y la luna puso cara bobalicona de abuela feliz y fue zamarreado, por el mismo grito, el ramaje del olivo como obra de un vareador.

Las vecinas acudieron y ¡como ayudaron con su "buena voluntad"; con ropas, con tijeras, con comida, con barreños de agua para lavar a la criatura y a la madre; pastoreaban, ¿verdad que pastoreaban?

Nació una churumbelilla con una mata de pelo negro...! Las pastoras vistieron a la niña y a la madre y les dieron de comer a la pareja.

Cuando terminaron la hermosa faena de amor, dijeron al despedirse: —Maoliyo tu Pepa parece una Virgencita con la niña en los brazos...

Hacía calor. Era el mes de julio, pero era Navidad; fue Nochebuena y el olivo un tierno, suave y ascético Belén.

Ardía la tierra, todo el día alimentada por el sol con la ausencia del viento. También ardían los corazones de aquellas mujeres porque en cada uno habían entronizado un Belén y los jazmines y madreselvas que se volcaban por los bardos de los patios parecían enviar olor a incienso y a mirra.

El olivar ya no existe. La vejez o la influencia europea lo hizo desaparecer arrancando todos sus árboles y cuando yo paso por allí, miro el sitio del que hizo de Belén y mentalmente me santiguo.

*Paula Contreras  
Puerto Real, 7-XII-1995*



ASOCIACION  
DE BELENISTAS  
DE JEREZ

GRÁFICAS ANFRA S.L. • POZO DULCE, 9 • TELF. Y FAX (956) 33 27 36 • JEREZ

# X VELADA POÉTICA NAVIDEÑA

(Diciembre 1995)

*pág. 49 - 50*

*Colección de Poesías*



ASOCIACIÓN DE BELENISTAS DE JEREZ

## NAVIDAD

Parte de ustedes han cantado aquella canción cuyo estribillo vamos a recordar: de Puente Genil a Lucena, de Loja a Benamejé... Antonio Vargas Heredia... Dejemos Benamejé y Loja y nos vamos a por la carne de membrillo y el cante flamenco del Zángano.

Para ir a Lucena directamente hay una buena carretera y otra no tan buena que pasa por Moriles.

Escogemos ésta y vamos a seguir a una pareja de gitanos que se dirigen a un cortijo, donde Maoliyo, que así se llama él, tiene tarea por una temporada esquilando el ganado.

Va tirando del ronzal de su burro, donde está montada Pepa, su mujer, joven, casi una niña.

¡Uf, qué calor! Están sudando. A Pepa le corren los sudores por todo su cuerpo. ¡Uf qué calor! Maoliyo lleva al aire el harapo de su camisa y ella descubierta el escote hasta el punto de poderse ver por el canal que forman sus pechos un chorro de sudor. No, no podía ser de otro modo porque era el mes de julio y, aunque pardeaba ya la tarde, no se atrevía el aire ni a moverse.

- ¡Ay, Maoliyo, que no puedo más! -dijo ella asustada.

- Aguanta, Pepa, que por la allá de Moriles está el cortijo y la casera es amigable...

- ¡Ay, Maoliyo, que no puedo más, que ya estoy mojada...

- Eso es sudor, mujer, y el traqueteo del burro.

- ¡Ay, Maoliyo...!

La tierra había estado todo el día bebiendo sol y respiraba un vaho ardiente.

Un pequeño repecho y asoma el caserío de Moriles como una paloma echada descansando de su vuelo. A un lado la tierra se engalana con una viña; al otro, se deja cortejar por unos olivos que forman un largo y estrecho olivar junto a las primeras casas y parece que el verde adusto de los olivos pregonan una esperanza.

Pero Pepa no puede más. Él la bajó del borriquillo y la aposentó bajo el primer olivo, un árbol de tres estacas rebosando de ramón.

Pepa no podía más; era la primera vez que iba a parir y creyó que la guadaña de la Muerte rasgaba su vientre, por eso gritó, hiriendo el aire del adormecido atardecer, acallando los grillos y las chicharras, mientras Maoliyo sacaba del serón trapos para aviar un mezquino lecho. La tierra estaba mullida, más maternal que nunca y la Luna olisqueaba por el ramaje.

Las casas - miserables casas - de la calle de entrada al pueblo estaban cerca del campo. Siguen estando pero ahora, gracias a Dios y al trabajo del hombre en Alemania y Barcelona, han cambiado la miseria por la dignidad.

Hasta ellas llegan los gemidos angustiados de Pepa.

- ¿Qué pasa? - preguntaron las vecinas.

- Una gitana está pariendo en el primer olivo de la "estacá".

Y un grito de Pepa fue como la llamada de una trompeta celestial, como si los ángeles cantaran el Gloria a Dios en las alturas y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad... se guiñaron las estrellas y la Luna puso cara bobalicona de abuela feliz y fue zamarreado, por el mismo grito, el remaje del olivo como obra de un vareador.

Las vecinas acudieron y icómo ayudaron con su buena voluntad!... con ropas, con tijeras, con barreños de agua para lavar a la criatura y a la madre... Pastoreaban, ¿verdad que pastoreaban?

Nació una churumbelilla ¡con una mata de pelo negro!... Las pastoras vistieron a la niña y a la madre y les dieron de comer a la pareja.

Cuando terminaron la faena de Amor, dijeron al despedirse:

- Maoliyo, tu Pepa parece una Virgencita con la niña en los brazos.

Hacía calor. Era el mes de julio pero era Navidad; fue Nochebuena y el olivo un tierno, suave y ascético Belén.

Ardía la tierra, todo el día alimentada por el sol con la ausencia de viento. También ardían los corazones de aquellas mujeres porque en cada uno habían entronizado un Belén. Y los jazmines y madreselvas que se volcaban por las bardas de los patios parecían enviar olor a incienso y a mirra.

El olivar ya no existe. La vejez o la influencia europea lo hizo desaparecer arrancando todos sus árboles pero, cuando yo paso por allí, miro el sitio del que hizo de Belén y mentalmente me santiguo.



PAULA CONTRERAS

PUERTO REAL 9-12-95